

ANXO LUGILDE

LA VIEJA COMPAÑERA



MIS TREINTA AÑOS DE LUCHA
CONTRA LA DEPRESIÓN

PENÍNSULA

La Vieja Compañera

Anxo Lugilde

© Anxo Lugilde Pardo, 2021

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2021

Prólogo: Jordi Juan, 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 10.832-2021
ISBN: 978-84-1100-004-8



Índice

Prólogo, por Jordi Juan	13
Carta a mi Vieja Compañera, una enfermedad totalitaria	17
1. Así salí del armario de la depresión	23
2. Con la mano izquierda atada a la silla	35
3. Laureano, el Churchill que vio venir a la Vieja Compañera	43
4. Cuando miraba el horario de los trenes sin querer viajar	51
5. El Ribeiro de la caballería polaca	63
6. Mi Dieppe del Prozac	71
7. Descifrando Enigma en Buçaco	81
8. La línea Maginot de la Falsa Alegre Compañera	91
9. Las Ardenas I, el primer bloqueo cerebral	115
10. Las británicas aguas termales de Ourense	129
11. La Operación Barbarroja, la recaída más anunciada	141
12. Pearl Harbour y la alianza total contra la Vieja Compañera	155

13. El Alamein de la cobaya ES-151-003	171
14. Stalingrado, las setas mágicas de la victoria	189
15. Mi batalla de Kursk en el lago de Banyoles	203
16. La caída de Il Duce y el adiós a las pastillas	209
17. Mi desembarco de Normandía del Camino de Santiago	215
18. Las Ardenas II, cuando la pandemia me paró la mente	225
19. Alamogordo, mis ocho días internado	245
 Carta a mi Vieja Compañera (en retroceso)	 265

Así salí del armario de la depresión

La madrugada del 25 de octubre de 2020 salí del armario de la depresión al grabar un audio para contar públicamente que sufro esta enfermedad. Mi acción respondió a la extrema necesidad que sentía, postergada en demasía en el tiempo. Me sirvió para saldar una deuda múltiple. Consideraba que había contraído esa deuda al no contar qué me pasaba, cuál era la misteriosa patología que en los cuatro años anteriores me había tumbado tres veces y había provocado largos períodos de baja laboral. La primera vez fueron seis meses. La segunda, quince. A eso había que sumar las siete semanas de desaparición profesional que llevaba en el momento en que grabé el audio.

La deuda originaria que sentía que debía saldar era conmigo mismo, porque necesitaba soltar todo el lastre de la vergüenza de una enfermedad estigmatizadora al máximo, incomprendida, objeto de un escarnio indecente (aunque por suerte cada vez menos) y también de todo un proceso de culpabilización del paciente que acostumbra a hundirle más en la miseria, precisamente la actividad en la que este suele poner más empeño.

La segunda deuda era con la audiencia, con la del programa de radio *Via lliure* de RAC1, en el que colaboro habitualmente los domingos desde 2015, así como con los lectores de *La Vanguardia*, diario en el que tengo el privilegio de escribir desde 2005, primero como corresponsal en Galicia y desde 2009 también en Portugal, en un experimento de corresponsalía atlántica ideado por Enric Juliana. Y, además, con los seguidores del digital en lengua gallega *praza.gal*.

Como corresponsal de lugares no esenciales desde el punto de vista informativo salvo en momentos puntuales como el rescate financiero portugués o las elecciones gallegas, en *La Vanguardia* yo no publicaba todos los días ni tenía una periodicidad fija, aunque mi presencia fuese más habitual en los fines de semana. En la radio del grupo Godó, RAC1, líder en Cataluña, sí que tenía una cita periódica, la de los domingos, si bien con algún cambio muy puntual al sábado. Y ahí estaba el problema, pues no solo me habían adjudicado un día fijo, sino que se había construido una cercanía entre mi personaje y la audiencia, una conexión de cariño galaico-catalán. Si bien puede ser muy sencilla de comprender y analizar, su intensidad y potencia no dejaba de sorprenderme, ni de asombrar al director del programa, Xavi Bundó, ese gigante de Sabadell, monstruo de las ondas catalanas, llamado a dominarlas durante las próximas décadas.

Había el agravante de que yo había sido purgado en 2017 de los medios públicos gallegos, cuando el Moderadísimo, el presidente de la Xunta, laminó toda voz de disidencia crítica que considerase potencialmente peli-

grosa y nada proclive a la genuflexión ante su majestuosa figura. Así siempre tuve una necesidad adicional de explicar mi ausencia. Había que aclarar por qué ya no había esa conexión dominical con Compostela a las nueve de la mañana cuando, tras saludar a los tertulianos que estaban en Barcelona, Bundó me daba paso y yo empezaba con mi ya clásico «*bos días, Catalunya!*».

Es curioso, porque cuando comencé en el periodismo la radio se me daba fatal. Me ponía muy nervioso y no conseguía hablar, hasta el punto de que cuando, cada pocos meses, me tocaba hacer de corresponsal de Antena 3 Radio en Ferrol (porque era uno de los acuerdos de esta emisora con mi periódico de entonces, *La Voz de Galicia*), tenía que ceder mi turno. Y renunciar a las consiguientes 15.000 pesetas, que, a comienzos de 1990, me venían muy bien.

La delegación de *La Voz* era bastante bonita. Daba al muy arbolado Cantón de Molíns, el pórtico de la Alameda de Suanzes, la primera trazada en las ciudades gallegas, en un diseño urbano cuadrangular del siglo XVIII creado por los ingenieros de la que fue la gran base naval española, encaramada en dirección a Gran Bretaña. Lo que llamaban «la radio» era un cuartucho sin ventanas situado al final del pasillo de los servicios. Solo había una mesa, sillas y un teléfono que usábamos para hacer entrevistas, llamar a fuentes algo comprometidas y también comunicarnos con nuestras parejas o conquistas, reales o potenciales.

Lo pasaba tan mal allí que me daban tembleques, el teléfono me resbalaba por el hombro y, en pleno ataque de tartamudez imparable, no conseguía leer el texto

que había preparado con la noticia del día en Ferrol. Seguramente una parte del problema radicaba en el encorsetamiento del género informativo, con el que estaba diseñada aquella conexión. Sin embargo, a mí me encantaba el medio, y además lo que realmente me interesaba era la información, un género que en aquellos años noventa de mis inicios en el periodismo no paraba de ceder espacio al de las tertulias.

¡Mi fobia radiofónica la curé en Intereconomía! Sí, en esa emisora de extrema derecha cuya versión televisiva Pablo Iglesias Turrión utilizó para practicar su «entrismo» en los medios de comunicación de masas, al estilo de Comisiones Obreras en el Sindicato Vertical del franquismo. Lo mío fue mucho más modesto. Nada planificado, sino espontáneo.

Ocurrió entre los años 1998 y 2000, cuando José Cavero, uno de los clásicos del periodismo de la transición, hacía un programa de revista de prensa basado en entrevistas a autores de informaciones que captaban su atención, como algunas de las que yo publicaba en la sección de Economía de *La Voz de Galicia*. Me llamaba por teléfono y yo contestaba a sus preguntas con tal naturalidad que, sin darme cuenta, dejé atrás toda aquella fobia iniciática. Descubrí que me gustaba, que me sentía cómodo. Creo que dejé de atender las llamadas cuando ya me parecía un abuso hacer un trabajo por el que no me pagaban, en un medio ajeno al grupo al que yo pertenecía y que además no me era muy simpático.

Después empecé a participar en tertulias matutinas en Radiovoz, la emisora del periódico. Y comprobé que

me encantaba, que me lo pasaba en grande comentando las informaciones y hablando ante el micrófono todo lo que podía. Tuve un tiempo de parón, durante el bipartito de PSOE y BNG, cuando ya no estaba en *La Voz de Galicia* y por tanto había dejado su emisora. La alternativa natural era la radio pública autonómica, que en aquel momento de apertura tras la caída del fraguismo, con la Xunta de coalición, extendió sus programas de análisis político. Sin embargo, yo estuve vetado durante toda la legislatura por una mezcla de ajustes de cuentas profesionales y políticos. En cambio, sí acabé debutando en la Televisión de Galicia, lo que me daba más dinero y proyección, pero me gustaba menos.

Tras los primeros años del PP, en los que se me extendió el veto a la TVG, y gracias a la intercesión de un muy decente alto cargo popular que consideró mi exclusión una indecencia, a partir de 2011 me incorporaron a la Radio Galega, además de volver a la tele. Así, constaté de nuevo que en ese momento no había nada para mí como la radio, en la que me lo pasaba como el niño grande que soy.

De este modo, en el momento en el que Bundó me dio la oportunidad de dar el salto a RAC1, en pago de las supuestas deudas que él creía que había contraído conmigo por mi ayuda cuando aterrizó en Galicia como enviado especial con solo veinticuatro años, yo ya tenía todo un recorrido profesional y académico: cuarenta y cinco años, dos licenciaturas, un doctorado y una fobia al micro curada. Estaba listo para no desaprovechar la oportunidad, que era maravillosa.

Nunca olvidaré el primer domingo, el que debuté,

desde los estudios de Radio Galicia de la Cadena Ser en la plaza Roxa de Santiago, pero recordando en realidad la Barcelona de mi niñez y haciendo parte del recorrido del autobús escolar del Sant Ignasi, mi colegio. Mientras hablaba, seguía el paseo de la Bonanova desde la avenida del Tibidabo, después entraba en el señorial colegio de los jesuitas de Sarrià, bajaba por Anglú y revoloteaba por la Torre Godó, en cuya planta quince está la emisora RAC1. En las siguientes intervenciones, continué por la Diagonal y hasta la Sagrada Familia, pasando por la calle Provença esquina Roger de Flor, donde viví de niño, y para descender, acto seguido, por el Passeig de Gràcia y las Ramblas, hacia el puerto, adonde había llegado a trabajar en 1930, desde A Coruña, mi bisabuelo José Díaz.

Era todo tan poético que en realidad yo, sin saberlo, volaba sobre la tableta de chocolate urbanística de Ildefons Cerdá en dirección al Hospital del Mar, en la Barceloneta, donde acabaría encontrando soluciones para mi enfermedad. Pero en aquel momento lo más importante es que la apuesta personal de Bundó funcionó y conseguí consolidarme. Entre los dos fuimos construyendo un personaje que daba una visión externa de la cuestión catalana, siempre con retranca gallega.

Como nos comunicábamos por WhatsApp y yo era el único que no estaba en la planta quince, cuando pedía la palabra le mandaba a Bundó unos emojis que levantaban la mano, acción que él acostumbraba a comentar en antena. Eso servía también para ir viendo en las redes sociales cómo la audiencia se apiadaba del tertuliano gallego al que, a 1.100 kilómetros de distancia, no se le

dejaba apenas hablar, aunque en realidad cuando yo cogía el micro me resistía a soltarlo.

Me fui haciendo un hueco, sin llegar al estrellato, tampoco hay que exagerar, pues no hay que olvidar que yo era el corresponsal tartamudo de Antena 3 en Ferrol de comienzos de los noventa. Lo que ocurrió es que el respaldo de los oyentes se disparó cuando la Vieja Compañera me tumbó en diciembre de 2016. No debieron de pasar muchos domingos hasta que empezaron a aparecer en las redes sociales mensajes de oyentes que me reclamaban, preguntando «*on és l'Antxo?*» (¿dónde está Antxo?), como me suelen llamar en Cataluña. Yo seguía esos comentarios con atención, con una mezcla de alegría y de triste impotencia que me acababa resultando frustrante y melancólica, a la vez que conmovedora. Bundó me empezó a contar que había muchos más comentarios de los que yo veía, porque llegaban directamente al programa. Era una época en la que yo tenía a mi madre engañada, pues le había dicho que me había tomado un tiempo sabático para escribir un libro.

Regresé en mayo de 2017, lo que me permitió participar en toda la programación especial de aquel año único. De hecho, en los servicios informativos de RAC1, cuando hicieron el resumen de aquella temporada de vértigo, constataron que en prácticamente todos los momentos claves aparecía mi voz, porque solían ser en fin de semana o en horas intempestivas que le encomendaban a Bundó. Así que cuando recaí, en agosto de 2018, la ausencia se notaba más y las preguntas de la audiencia aumentaron, una vez que, superada la fase de engaño a mi madre, ya se podía decir que estaba enfermo. En 2019,

aunque todavía estaba de baja, reaparecí en antena en dos ocasiones, con motivo de las elecciones generales de abril y de las elecciones municipales y autonómicas de mayo, para hablar sobre mi especialidad, pues, como me dijo una vez un alto cargo de la administración electoral argentina, «vos naciste en una urna».

En una de esas conexiones, Bundó prometió que cuando volviese al programa, cosa que yo siempre decía que sería en cuestión de pocas semanas, me recibiría con gaitas. En realidad faltaba bastante, porque la Vieja Compañera actúa con dientes de sierra y nunca suelta con facilidad a su presa. Pero el gran día llegó el 10 de noviembre de 2019, el de las segundas elecciones generales de aquel año, con el alta médica y cuando ya hacía unos días que me había reincorporado a *La Vanguardia*. Y allí, en la planta quince del número 477 de la Diagonal, estaban los gaiteros de la asociación Toxos e Xestas, el grupo de música tradicional de Galicia más antiguo de Cataluña. Se habían ofrecido ellos mismos, recogiendo el guante para actuar en directo.

Era precioso, seguramente de lo máximo a lo que pueda aspirar un galaico-catalán como yo. Interpretaron *A Rianxeira*, canción que habían elegido los productores del programa, los gaiteros y Xema, mi pareja, que también estaba en el ajo. Y yo pasé por un momento muy fraguista, la faceta más emotiva y regionalista de Manuel Fraga Iribarne, no la del atronador ministro del franquismo, ni la del patrón de la derecha famoso por arrancar los teléfonos de cuajo en la sede central de la entonces Alianza Popular en la calle Génova 13. Estuve llorando todo el tiempo que duró la pieza. Me emocionaba pensar

en los gaiteros, en el madrugón que se habrían pegado y en su presencia allí, en lo alto de la Torre Godó.

En esas condiciones me resultó imposible salir del armario de la depresión. Primero Bundó puso el audio de mi despedida de fin de temporada de julio de 2018, así como alguna de mis intervenciones sobre los comicios de 2019. Explicó que habían pasado más de quince meses, pero que ya me reincorporaba totalmente después de haber superado un problema de salud. Y el misterio quedó abierto a todo tipo de interpretaciones. Lo comprobé cuando hacía las habituales búsquedas de mi nombre en Google para comprobar de forma rápida qué textos me habían publicado. Me quedé alucinado al ver que tras Anxo Lugilde el algoritmo ofrecía enfermedad y salud. La única explicación que encontraba era que los oyentes habían estado buscando, y que tal vez pensaban que tenía cáncer, de manera que me parecía una crueldad no haber contado la verdad.

Visto en perspectiva, me equivoqué al no dar el paso en aquel momento. Pero, además de que las condiciones resultaban poco favorables con las gaitas e incluso la jornada electoral, no lo tenía nada claro. Quería dar las gracias a los terapeutas del Hospital del Mar y había interiorizado, tras muchos años de terapia, que una enfermedad mental (o del alma) como la depresión, mi Vieja Compañera, supone lo mismo que padecer una patología en otra parte del cuerpo, como la miopía, la diabetes o la tuberculosis, sin que sea justo que se estigmatice socialmente a nadie por sufrirla. En cualquier caso, perdí una ocasión de fortalecerme, de atender a la inquietud de los oyentes que tanto me habían apoyado, de

ayudar a mucha gente —como luego comprobaría— y hasta de haber publicado antes este libro, que en buena medida está basado en los diarios que fui escribiendo durante los cuatro meses que estuve de cobaya del ensayo clínico de 2019 en el centro sanitario de la Barceloneta.

Yo no lo veía nada claro, porque no quería airear mi vida privada y valoraba mi derecho a la intimidad. De hecho, intenté novelar mis diarios, lo que me llevó a un nuevo atolladero de siete años como autor sin haber publicado ningún libro. Y eso que, en este tiempo, he escrito dos ensayos (uno de ellos unas tres veces) y he empezado una novela. Más allá de mis zozobras editoriales, en el fondo yo era muy consciente de que resultaba absurdo estar metido en el armario de la depresión, empezando porque todos los que me estigmatizaban profesionalmente sabían lo que me pasaba. Y tampoco tenía ningún problema en relatar a amigos y conocidos cómo había sido todo mi proceso de recuperación.

Fue un error que la pandemia me ayudó a subsanar, por la terrible vía del tercer episodio salvaje depresivo que tuve desde 2016. Se desencadenó precisamente en directo en el *Via lliure*, el domingo 6 de septiembre de 2020, el día del inicio de la nueva temporada. Fue horrible. Casi no lo cuento. De hecho, uno de mis planes consistía en convertir mis diarios en una obra póstuma. Pero una vez que a partir de mediados de octubre me fui encontrando mejor, gracias al regreso a la medicación tradicional y a la terapia en Santiago, comencé a notar que no veía demasiados problemas en explicar lo que me pasaba. Y es que la decisión de salir del armario de la

vergüenza de mi enfermedad fue un proceso muy com-postelano pero que conté en Cataluña.

Una vez que desde el puente del 12 de octubre dejé atrás los deseos de muerte y retomé las caminatas por Santiago, empecé a notar que la sociedad percibía la depresión de una forma algo distinta a la de antes de la pandemia. A menudo las conversaciones con gente que no conocía de nada me arrastraban a la necesidad de explicar qué me pasaba, porque todavía me desorientaba y tenía lagunas y despistes. Confesaba que estaba enfermo, pero no de coronavirus, pues notaba que eso sí espantaba a mis interlocutores. Y cuando contaba que tenía una depresión de caballo, percibía una comprensión muy grande, mayor entre las mujeres que entre los hombres, como es habitual, pero considerable en general. Era como si con el planeta infectado hubiese una mayor sensibilidad ante las enfermedades, en especial en relación con las mentales. Con frecuencia me decían que todo el mundo estaba fatal de la cabeza, como si eso fuera una herida abierta producto de la fatiga pandémica.

No obstante, me costó bastante hacer pública mi enfermedad. Sentía que debía explicar algo a la audiencia, pues Bundó me comentaba que recibía mensajes, y con frecuencia los domingos me llamaban o escribían amigos y compañeros de trabajo para preguntarme si estaba pasando lo que temían, pese a que solo unos meses antes se me veía invulnerable. Así que me decidí a grabar un mensaje en catalán para la audiencia, o más bien en el *catagallago* que había empezado a hablar unos días antes, cuando el psicólogo de Santiago me había exhortado a encontrar una ocupación que me absorbiese, a la vista de que yo

dedicaba mi tiempo a planear cómo borrarle del mapa. Me sugirió hacer bricolaje, o lo que fuese, con tal de distraer mi mente. Yo activé el viejo plan de aprender a hablar en catalán. Tuve la suerte de contar con las clases que me dio desinteresadamente mi *tieta* postiza de la plaza Lesseps, la historiadora y maestra de su lengua Mercè Baró. Aplicó la acertada estrategia de considerar que los archivos de catalán estaban en mi cerebro. Solo había que conseguir que me soltase a hablarlo y darle forma.

Así que, la madrugada del 25 de octubre, mientras el Gobierno de Pedro Sánchez se aprestaba a decretar el nuevo estado de alarma, grabé un primer mensaje para la audiencia, en catalán, que le envié a Bundó y en el que explicaba que estaba enfermo. Pero después lo pensé mejor e hice un segundo mensaje en el que, por fin, contaba que no tenía coronavirus, sino una depresión. Como estaba en régimen de desconexión informativa por orden terapéutica, no me enteraba de nada de lo que estaba sucediendo, de manera que pedí que se emitiese ese domingo, lo cual obviamente no fue posible.

Bundó y la productora Cristina Gaggioli me instaron a esperar a la semana siguiente, pero la decisión ya estaba tomada y no quería arriesgarme a que algún imprevisto me hiciese dar marcha atrás. Por eso hice un vídeo en Twitter con el audio, y lo expliqué todo en sendos textos en catalán y en gallego. Tuve miedo de posibles ataques, de que alguno de los troles habituales dijera que ya sabía por qué llevaba treinta años escribiendo lo que escribía. Pero, en lugar de eso, la respuesta consistió en una explosión de afecto inmensa. Se trató, de hecho, de una de las mejores cosas que he hecho en mi vida personal y profesional.